
El Soldado

Petipieza en cuatro cuadros

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8919

Título: El Soldado

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Teatro, Cuento

Editor: Brian

Fecha de creación: 25 de junio de 2026

Fecha de modificación: 6 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Cuadro Primero

(Patio de cuartel. Los nuevos conscriptos reciben las primeras instrucciones del oficial. La acción en el planeta Marte.)

OFICIAL.—Tales son, pues, los deberes del soldado. Defender a su patria, dar en todos

los instantes su vida por ella, sacrificarle esposas e hijos, obedecer ciegamente a sus jefes... Estos son sus deberes.

(Un soldado da un paso al frente.)

SOLDADO.—Y los derechos del soldado, ¿cuáles son? (Pausa)

OFICIAL.—¡A las filas!

SOLDADO.—Muy bien.

OFICIAL.—¡Cállese la boca!

SOLDADO.—Ya me he callado.

OFICIAL.—(Rojo de ira yendo sobre él.) —¡Insolente!

SOLDADO.—No he dicho ninguna insolencia.

(El oficial, fuera de sí, le pone violentamente la mano en el pecho. El soldado responde con una bofetada.)

Cuadro Segundo

(En el Consejo de Guerra)

CORONEL.—De modo que usted no niega ninguno de los hechos producidos.

SOLDADO.—No.

CORONEL.—Por donde se ve que alcanza usted toda la extensión de su actitud abofeteando a un oficial.

SOLDADO.—Perfectamente. Me insultó y pegó sin motivo alguno. Por eso le abofetéé.

CORONEL.—Pero usted olvida que era su superior.

SOLDADO.—Yo soy un hombre libre.

CORONEL.—¡Usted es un soldado!

SOLDADO.—¿No soy pues. un hombre libre?

CORONEL.—Lo es: pero ante todo es soldado. Este es su primer deber.

SOLDADO.—Y mis derechos, ¿cuáles son?

CORONEL.—Derivan de sus mismos deberes.

SOLDADO.—Muy bien: he comprendido.

Cuadro Tercero

(En la celda del condenado a muerte. Entra el oficial del bofetón.)

OFICIAL.—Aquí estoy.

SOLDADO.—Ya lo veo.

OFICIAL.—He hecho cuánto he podido para desviar el sumario... sin resultado.

SOLDADO.—Luego... ¡Muerto mañana!

OFICIAL.—Sí.

SOLDADO.—¿Por haber respondido a su insulto y sus golpes como un hombre de honor?

OFICIAL.—Sí, pero no por el bofetón a mi mismo, sino al oficial.

SOLDADO.—¿Y usted no me insultó a mi, sino al soldado?

OFICIAL.—Exacto.

SOLDADO.—No entiendo. ¿Quiere decir que yo, desde el instante de ser soldado perdía mis derechos de hombre?

OFICIAL.—Tal como usted los entiende, sí. Su dignidad no entra en juego.

SOLDADO.—¿Qué, entonces?

OFICIAL.—Su persona. Esta es nuestra, del ejército, de la patria, si usted quiere. Su dignidad de hombre, no.

SOLDADO.—¿Quiere decir de nuevo que un insulto, una vejación cometida con un soldado, no alcanza al hombre oculto bajo el uniforme?

OFICIAL.—Así es.

SOLDADO.—¿Y a quien se insulta y denigra es sólo al servidor anónimo de la patria?

OFICIAL.—Según su raciocinio, sí. (Pausa)

SOLDADO.—Y según el suyo... ¿también? (Pausa)

OFICIAL.—Escúcheme, compañero. (Pausa) La vida arrastra a veces a posiciones forzadas que usted no quiere contemplar ... Hablemos de su caso. Hay todavía un modo de arreglarlo todo.

SOLDADO.—Veamos.

OFICIAL.—Pidiéndome perdón.

SOLDADO.—¿A usted? Con mucho gusto.

OFICIAL.—No, a mí no... Al oficial.

SOLDADO.—Al oficial, no. Le pregunté por mis derechos de soldado y me llamó insolente; me golpeó, y le contesté. Nada le debo.

OFICIAL.—Y lo fusilan por eso.

SOLDADO.—Porque pueden hacerlo.

OFICIAL.—No; porque su bofetada llegó más alto.

SOLDADO.—¿A la patria misma? ¿Y el soldado insultado y golpeado sin motivo, es un simple paria?

OFICIAL.—No, como ciudadano.

SOLDADO.—Pero colocado fuera de las leyes del honor al

dejar de

serlo.

OFICIAL.—Momentáneamente.

SOLDADO.—Como una bofetada. (Pausa)

OFICIAL.—No nos entendemos.

SOLDADO.—Es bien fácil. ¿Se atreve usted a ofrecerme allá arriba un desagravio por las armas?

OFICIAL.—¿Un duelo con usted? Imposible.

SOLDADO.—¿Por qué? ¿Si su capitán lo insulta a usted gratuitamente, no le concede una satisfacción por las armas?

OFICIAL.—Ciertamente. Pero usted es un soldado.

SOLDADO.—¿Y porque no soy más que un soldado se me puede humillar sin consecuencias? ¿Porque debemos constituir los ejércitos de la patria y empaparla en nuestra sangre, se nos despoja de nuestra dignidad desde el instante de vestir el uniforme?

OFICIAL.—Nada tiene que ver, le repito, la disciplina con la dignidad.

SOLDADO.—Nada, menos vejlarla.

OFICIAL.—No la mata.

SOLDADO.—Pero mata al que la conserva. Tenemos la prueba. (Pausa)

OFICIAL.—(Acercándose). Yo lo insulté sin motivo. Le pido perdón. ¿Se daría usted por satisfecho golpeándome otra vez? Puede hacerlo.

SOLDADO.—Gracias. Ninguna ofensa tengo de usted. A mí es

a quien corresponde pedirle perdón.

OFICIAL.—¿Lo hará ante el Consejo de Guerra?

SOLDADO.—¿Me dará usted en seguida como oficial una satisfacción?

OFICIAL.—Imposible. (Pausa). Está usted desafiando por orgullo a la muerte.

SOLDADO.—No me queda a quién hacerlo.

Cuadro Cuarto

(Diez horas después una mano en la sombra:)

AQUÍ

YACEN LOS RESTOS

MORTALES

DEL CIUDADANO

JUAN LIBRE

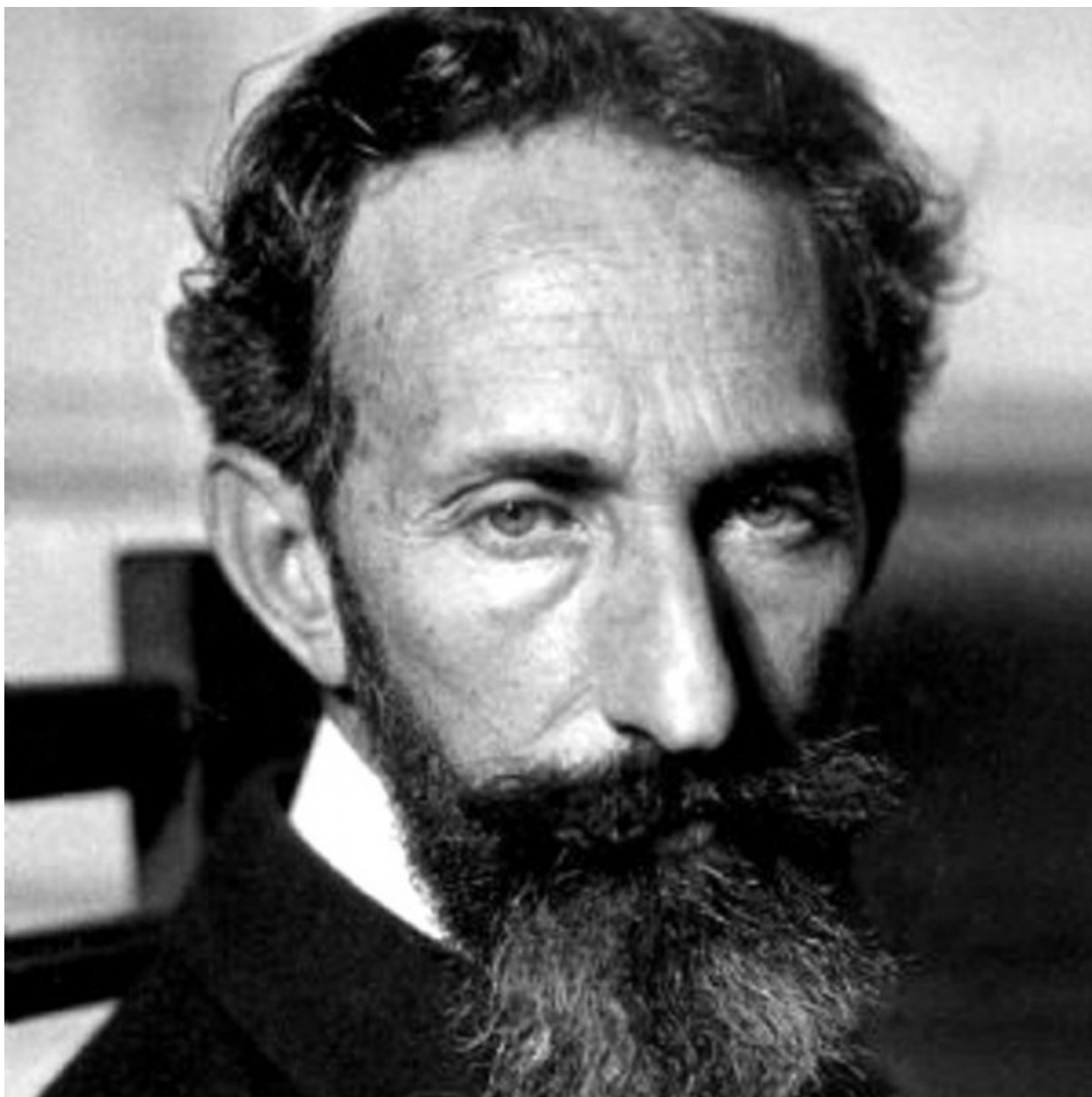
PASADO POR LAS ARMAS

FRENTE AL ENEMIGO

EL 31 DE JULIO

DE 1914.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)